



MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

## DECENARIO AL ESPÍRITU SANTO (DÍA 8º)

Link a YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=ZnlpttedoyQ>

(Transcripción aproximada del audio)

Octavo día del Decenario al Espíritu Santo en el que estamos comentando la secuencia de Pentecostés, el himno del *Veni sante spiritus* nos toca la siguiente estrofa: "*Infunde calor de vida en el hielo, doma el espíritu indómito, guía al que tuerce el sendero*".

*Infunde calor de vida en el hielo*, esta petición de que haya calor de vida en el hielo nos habla de un mal, el mal de la frialdad en el corazón del Hombre; la frialdad en nuestra relación con Dios, la frialdad en la relación entre nosotros. El Espíritu Santo nos ofrece el don de piedad, uno de los dones del Espíritu Santo, de los cuales hablaremos también. El don de piedad es dar la ternura filial en nuestra relación con Dios Padre y, por lo tanto, la ternura también en la relación entre nosotros, en la relación fraterna.

Teresa de Lisieux, en algún pasaje bellissimo de sus escritos cuenta como, cuando se iniciaba en la oración del Padre Nuestro, al decir el nombre *Abba, Padre*, sentía tal ternura, tal consolación, que se quedaba en esa frase, en esa palabra, y no era capaz de seguir adelante. Por lo tanto, ese calor de vida en el hielo es el Espíritu Santo con su don de piedad el que nos procura, nos da esa gracia para que podamos decir Padre y en esa palabra sentir toda la dulzura, toda la ternura que nuestro corazón necesita.

Si tu corazón no arde, el mundo morirá de frío. ¿Y cuál es la manera de arder, de que que nuestro corazón arda? Vibrar ante la conciencia de que Dios es nuestro Padre. Yo, yo tuve la gracia de que, siendo jovencito en el colegio, nos enseñaron una oración diciéndonos que era el ABC de nuestra vida cristiana: *Dios es mi Padre, qué feliz soy, soy hijo suyo, soy hijo de Dios*. Y en esa oración está todo resumido, no se puede decir más con menos: "*Dios es mi Padre, qué feliz soy, soy hijo suyo, soy hijo de Dios*". Eso, ciertamente, infunde calor de vida en el hielo.

Sigue adelante la oración y dice: "*doma el espíritu indómito*". Os voy a confesar que una persona que sigue este decenario me comentaba que, un conocido suyo, le expresó que sentía curiosidad por saber, cuando llegásemos al momento de la secuencia que dice *Doma el espíritu indómito*, ver qué explicación íbamos a dar. Me llama la atención porque no sé si, quizás, esa expectación sobre qué significa *Doma el espíritu indómito*, se deriva de que esa persona, en su entorno, tenga algún familiar o algún conocido especialmente rebelde, o tal vez porque ella misma experimenta esa rebeldía interior.

Tal rebeldía que puede ser, ese espíritu indómito, cual caballo salvaje que es difícil domar, puede traducirse en nuestro entendimiento o en nuestra voluntad. Pedimos que el don del Espíritu Santo nos dé su sabiduría para entender la realidad desde los ojos de Dios y así, obviamente, poder sentir esa paz interior, no esa rebeldía, sino la paz interior, gracias a ella ver las cosas desde la perspectiva divina.

También el don del Espíritu Santo nos da una fortaleza dentro de nuestra voluntad, porque, vamos a ser claros: la verdadera fortaleza se manifiesta sobre todo en ser dueño de nosotros mismos, de nuestra voluntad, de nuestros estados de ánimo, de nuestro carácter; ésa es la verdadera fortaleza. Por eso, cuando decimos *Doma el espíritu indómito*, estamos pidiendo el don de sabiduría para ver las cosas desde la perspectiva divina, estamos pidiendo el don de fortaleza para gobernar nuestra voluntad, domando ese potro salvaje que tenemos cada uno de nosotros en nuestro interior, a veces con un gran combate, como señalaba San Ignacio, con un *Agere contra*, llevándonos la contra a nosotros mismos, para que finalmente podamos gozar de la docilidad a la voluntad de Dios.

Finalmente termina esta estrofa que hoy comentamos: *Guía al que tuerce el sendero*. Sí, especialmente le pedimos al Espíritu Santo, en ese torcer el sendero, discernir en los vericuetos de la vida, discernir bajo la luz del Espíritu Santo, saber distinguir lo que es de Dios y lo que no es de Dios, cuál es su voluntad y cuál es mi mera apetencia; diferenciar lo que me apetece y lo que es voluntad de Dios. Nos va la vida en hacer esa distinción correctamente. *Guía al que tuerce el sendero*, danos el don de consejo para que podamos discernir la voluntad de Dios.

Así pues, te invito a que te unas conmigo en este rezo de la secuencia:

Ven, Espíritu divino, manda tu luz desde el cielo. Padre amoroso del pobre, Don en tus dones espléndido, Luz que penetra las almas, Fuente del mayor consuelo. Ven, dulce huésped del alma, descanso de nuestro esfuerzo, tregua en el duro trabajo, brisa en las horas de fuego, gozo que enjuga las lágrimas y reconforta en los duelos. Entra hasta el fondo del alma, divina Luz, y enriquécenos. Mira el vacío del Hombre si tú le faltas por dentro; mira el poder del pecado cuando no envías tu aliento. Riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo, lava las manchas, infunde calor de vida en el hielo, doma el espíritu indómito, guía el que tuerce el sendero. Reparte tus siete dones según la fe de tus siervos; por tu bondad y tu gracia dale al esfuerzo su mérito, salva al que busca salvarse y danos tu gozo eterno. Amén.